

PARADIGMAS AXIOLÓGICOS EN LA LITERATURA Y SU INTERPRETACIÓN

Bogdan Piotrowski *

Resumen: el artículo muestra los paradigmas como una opción de la interpretación axiológica de la literatura. El análisis acerca a la reflexión sobre el funcionamiento de los paradigmas en la semiología, teoría de la cultura, historiografía, etc. Por otra parte, ahonda en el funcionamiento de los conceptos, los puntos de vista, la perspectiva de la subjetivización y objetivización, el prototipo y la categorización.

La literatura comprendida como signo participa activamente en los procesos culturales y la sistematización de los valores y, por ende, genera paradigmas no solo estéticos sino existenciales.

Palabras clave: cultura, axiología, paradigma, prototipo, signo, relativismo, punto de vista.

Abstract: This article shows paradigms as an axiological interpretation alternative in literature. It is an approach of analysis on reflection regarding function of paradigms in semiotics, culture theory, historiography, etc. On the other hand, it goes deeply into operation of concepts, views, subjectivity and objectivity perspective, prototype and categorization.

Literature, taken as sign, participates actively in cultural processes and value systematization, therefore it originates paradigms not only aesthetical but existential.

Key words: Culture, axiology, paradigm, prototype, sign, relativism, perspective.

Sommaire : L'article montre les paradigmes comme une option de l'interprétation axiologique de la littérature. L'analyse au sujet de la réflexion sur le fonctionnement des paradigmes dans la sémiologie, théorie de la culture, historiographie, etc. Par ailleurs, il approfondi dans le fonctionnement des concepts, des points de vue, de la perspective de la subjectivité et de l'objectivation, du prototype et de la catégorisation.

La littérature comprise comme un signe, participe activement des les procès culturels et à la systématisation des valeurs et par suite, génère des paradigmes non seulement esthétiques, mais existentiels.

Mots clés : Culture, axiologie, paradigme, prototype, signe, relativisme, point de vue.

* Universidad de La Sabana. Campus Universitario del Puente del Común, Km 21, Autopista Norte de Bogotá, D.C. Chía, Cundinamarca. Colombia. bogdan.piotrowski@unisabana.edu.co

Recibido: 8 - 8 - 06
Aceptado: 8 - 11 - 06

“Es lamentable que la juventud de hoy... nunca conoció en el original griego ni tampoco en otra lengua el despido de Héctor de Andrómaca, ni la tristeza de Aquiles ni Priamo, de ninguna tragedia griega, del elogio de Sócrates, ni tampoco de su muerte en Fedón. Antaño, cuando en las clases se leían esas grandes obras, entonces el alma sensible y joven aprendía la nobleza y la belleza. Esto ayudaba elaborar en sí mismo las respectivas diferenciaciones, esto enseñaba el sentido de heroísmo, gracias al cual hacía al hombre más hombre, es decir, más libre de las pequeñas mezquindades y más humano. Ese fue el significado de lo que antaño se llamaba humanitas, y que hoy está desapareciendo”. A. J. Festugière, *De l'essence de la tragédie grecque*

La intención del presente trabajo aspira a constituir un paso más hacia la superación de las barreras que dividen las labores de los lingüistas y de los estudiosos de literatura. La separación tradicional que demarcaba las dos disciplinas no solamente es artificial sino innecesaria. Al comienzo, se plantearán unas consideraciones generales sobre la semiótica, la semiología y, especialmente, sobre el signo y su impacto en la interpretación axiológica de la realidad por parte del sujeto-persona. Luego, nos acercaremos al término de paradigma y al uso de sus distintas versiones en los estudios literarios. En la parte final, reflexionaremos acerca de la presencia de los valores en la cultura y su repercusión en la literatura y los estudios literarios. Desde el inicio quiero señalar que concibo la literatura como un signo que no existe separadamente (en consecuencia, no limito su interpretación a los aspectos estructurales o estéticos), sino que funciona en correlaciones infinitas con todo tipo de signos y que siempre debe tener en cuenta sus metas antropotéticas, en que el hombre está concebido como el verdadero fin de toda acción.

La semiótica ofrece a los estudiosos numerosas posibilidades y, aunque ya lleva varios decenios, su carácter multiforme permite divisar distintas tendencias en sus investigaciones. La concepción saussureana lingüística abonó fértilmente los campos que cultivaron luego los estructuralistas como Roland Barthes y Jurii Lotman. Las visiones semiótico-estructuralistas no lingüísticas –como por ejemplo la de Charles S. Peirce– también fueron muy fértiles. Boris Uspienski habla de dos grandes líneas: la lógica, que corresponde a la semiótica del signo y que trata en su amplia visión del signo y de su significado, y la lingüística, referente a la semiótica del lenguaje que se centra en el sistema y sus perspectivas comunicativas. La división no parece ser muy afortunada, puesto que subraya la separación entre el signo y el sistema, lo cual causa consecuentes alejamientos innecesarios y no contribuye a estudios conjuntos.

Además, el sistema comunicativo no tiene que ser obligatoriamente sistema lingüístico, ni siquiera similar al lingüístico; por ejemplo, los códigos estéticos pueden transformarse en sistemas, aunque su diferenciación, desde luego, exige otra formalización de su estudio. Esta situación es aún más compleja desde el punto de vista de los objetivos formales de la semiótica y de los modos de su descripción. Lo evidencian las tipologías propuestas por Louis Hjelmslev o Algirdas J. Greimas. Simplificando, se puede admitir que el criterio que se deduce del signo y su estructura binaria facilita el reconocimiento hacia dos tendencias. Este último, a través de la meta-semiótica, centrada en la teoría del significado, estudia las estructuras profundas del plano del contenido; busca los universales y los modelos pan-obligatorios, siempre válidos. A su vez, la semiótica connotativa analiza las estructuras de superficie del plano de la expresión, analiza las connotaciones de los signos individuales e impredecibles que no se dejan

formalizar estrictamente a través de las reglas. Esta otra tipología, sin embargo, abarca, en ambas tendencias, la profunda convicción del carácter comunicativo y de la necesidad sistémica de todos los fenómenos descritos.

Por estas razones, ante los diferentes modos de prácticas en la semiótica, algunos teóricos hablan de la semiótica no como de un método científico sino como de un estilo de pensar, insistiendo en que: "Parece que esta insuficiente sistematización y la 'nebulosidad' de la semiótica, le facilitó sus enormes influencias en las ciencias humanas. De esta manera, la semiótica sin alcanzar el estatus del método estricto, se transformó, más bien, en un estilo de pensar sumamente amplio"¹. Por ende, es comprensible que el autor de esta apreciación sugiera que la problemática de la semiología abarca igualmente la problemática del sujeto, encarada anteriormente en la hermenéutica.

La vida del hombre se expresa a través de los diferentes signos que nos permiten entender la realidad y comunicarnos. Vale la pena destacar que el tipo fundamental del signo que creamos es el concepto que estamos construyendo para poder comprender algo. La comprensión de una cosa percibida, y la formación posterior del concepto como un signo, constituyen un elemento decisivo en el conocimiento del hombre. En el mismo concepto creado en la mente como un signo se percibe el entrelazamiento de las relaciones y de los rasgos característicos que conforman el signo-concepto². Por ende, el hombre usa en sus actos cognitivos los signos naturales y arbitrarios conceptualizados en correlación con la cosa conocida, con otros signos naturales y arbitrarios, así como consigo mismo como creador de los conceptos y con las personas a quienes se dirige.

Sin embargo, además de los signos naturales, creamos igualmente signos instrumentales como el habla, la expresión y todo lo que pro-

ducimos en la esfera cultural. La comunicación es posible a través de los distintos sistemas de signos, porque resulta imposible una penetración o una penetrabilidad directa entre las personas y las cosas. La cultura, el arte y la creación se deben a los signos y sus contenidos a través de la derivación. Jamás podemos olvidar que el mundo de los signos es el mundo de las experiencias personales.

El mundo de los signos es el mundo por excelencia humano y exclusivo del hombre. Por esta razón es de suma importancia reconocer la existencia de los signos personales³. Estos signos personales ilustran la realización de la existencia del hombre. Precisamente ellos transforman la vida humana en el mismo sujeto humano y no sólo en sus frutos de trabajo o de creación. Los signos personales pueden deteriorar o enaltecer a la persona. Podríamos también reconocer que corresponden más al ámbito de "ser" que de "tener". Se subordinan a la formación y al cultivo de la persona-sujeto. Es conveniente señalar que los signos personales coinciden permanentemente con todos los demás tipos de signos. "Sin embargo, en los signos personales se trata de tal formación de nuestro conocimiento, de nuestras emociones y de los movimientos motrices relacionados con ellos, para cambiarnos a nosotros mismos como sujeto personal y adecuarlo a la idea-modelo que percibimos"⁴. Estos signos influyen sobre nuestro comportamiento, nuestro conocimiento, la voluntad de perfeccionamiento y, al mismo tiempo, son manifestaciones de nuestra existencia personal e irreplicable.

Nos hemos detenido en este aspecto porque los signos personales repercuten insistentemente en todo el arte y, como es natural, su relevancia en la literatura es indiscutible. Es obvia su repercusión en la presencia de los valores en un texto y en su interpretación. Precisamente, la axiología nos permite concientizar la jerarquía de los valores que siempre tenemos que ir construyendo y, junto con la semiótica,

1 Cfr. Władysław Panas, *W kregu metody semiotycznej*, Lublin 1991, p. 5.

2 O. P. Krapiec, A. Mieczysław, "Teatr jako sposób życia człowieka", en *Człowiek w kulturze*, núm. 12.

3 *Ibid.*, p. 7.

4 *Idem.*

facilita el descubrimiento de lo inesperado en el conocimiento de nuestra realidad circundante, pero sobre todo la humana.

Así pues, viviendo en nuestra realidad le otorgamos una permanente semiotización, valorando de distinto modo los diferentes fenómenos. Al vivir en el mundo de los signos otorgamos nuevos sentidos a todos los elementos de nuestro ambiente y los convertimos en signos. Precisamente, los sistemas de referencia nos permiten descubrir los sentidos inesperados y darles una valoración particular, individual dentro de un contexto social y cultural.

Por estas razones resulta difícil aceptar la propuesta de Roland Barthes de la existencia de los "signos vacíos" que trató de demostrar en *El imperio de los signos*, escrito en 1970. Puede ser que algunos signos pasen desapercibidos, o sean lejanos o negados en nuestra percepción y en la valoración que estamos realizando, pero esto no significa que exista su vacuidad.

¿Cómo compartir las búsquedas de los semióticos, últimamente cada vez más impregnados de la cultura de masas? ¿Es conveniente introducir los recursos semióticos en los estudios literarios? Las ciencias de la literatura han elaborado sus propios instrumentos y su utilidad se comprobó no solamente en los análisis de los textos, sino también en las otras disciplinas. Sin embargo, sin rechazar los usos propios de las correspondientes terminologías, es recomendable ver la literatura dentro del contexto de otros sistemas, y la semiótica suministra numerosos mecanismos que permiten consolidar o integrar las ciencias humanas. La interdisciplinariedad amplía las perspectivas y los contextos de interpretación. La literatura forma parte de la cultura y su análisis a menudo exige salir del texto mismo hacia el campo más abierto del contexto. Ya lo comprobaron los trabajos de Bajtin, aunque no podemos olvidar que su propuesta recuerda el círculo hermenéutico: la obra se interpreta de acuerdo con el contexto cultural carnavalesco, pero también el carnaval se reconstruye con base en la obra misma.

Todas las razones expuestas parecen autorizar a los estudios literarios a afianzar sus vínculos con diferentes campos de saber y promover su interdisciplinariedad.

El paradigma es un término que proviene del latín pero cuya fuente etimológica griega, *parádeigma*, significa ejemplo, muestra, patrón, modelo; pero igualmente, puede indicar un conjunto de formas de declinación o de conjugación.

Se reconoce que la teoría de paradigmas fue formulada por el profesor de historia de la ciencia en la University of California, Thomas S. Kuhn, en su famoso libro *The Structure of Scientific Revolutions* (1962), quien de forma sintética trató de concebir el mecanismo del desarrollo de las disciplinas científicas. El paradigma permite aceptar una solución modelo de los problemas estudiados en una ciencia. Su formulación y su evolución permiten establecer tres fases cíclicas: la primera, la de "ciencia normal", constituye la base en las investigaciones y observa los resultados acumulativos; la segunda, permite descubrir los hechos científicos en desacuerdo con el paradigma, y la emergente crisis que ellos conllevan invita a la creación de las teorías contradictorias con el fin de eliminar las incongruencias e incompatibilidades; la tercera fase invita a la concentración en el campo de discusiones, enfoques y de sus precisiones, y promueve el surgimiento de un nuevo paradigma, contribuyendo de esta manera a la conformación de las llamadas revoluciones científicas.

Estas circunstancias nos permiten reflexionar acerca de las interpretaciones según los paradigmas normales, por decir de otro modo, reconocidos y clásicos, y encarar las visiones nuevas impulsadas por los paradigmas de alguna manera innovadores y turbulentos. Me parece que vivimos actualmente al filo de la fase segunda y la tercera. Lo testimonian, por un lado, el reconocimiento generalizado de la crisis cultural que estamos atravesando y, por el otro, la búsqueda insistente de soluciones y una aceptación insuficiente de los modelos

propuestos. Me siento obligado a advertir que, ante la multiplicidad de las interpretaciones y de las definiciones de paradigmas, me refiero a este término en el sentido amplio, permitiéndome acercarme a veces su significado al de matriz, prototipo, modelo, categoría, especialmente la de punto de vista, etc.

Los aportes de estudiosos como G. Lakoff y M. Johnson en el campo de la gramática cognitiva, y de Goodenough en el de la antropología cognitiva dan pautas para los historiadores modernos.

Aunque experimentamos el mundo de forma individual, la experiencia del mundo tiene carácter social y cultural. Tiene sus implicaciones derivadas de la tradición. Y ¿qué es la tradición? Podríamos definirla como la experiencia cultural acumulada de una sociedad, presente en cada acto de la experiencia. Cuando se experimenta algo nuevo, se suele comprenderlo con base en la experiencia anterior, de acuerdo con la matriz cultural (matrix) respetada por el grupo social al que pertenece el individuo.

Nosotros transmitimos la experiencia del mundo, refiriéndonos a las experiencias asimiladas. La experiencia de la historia puede ser pronunciada de distinto modo y puede acudir a distintos medios de representación, por ejemplo, el mito o la metáfora. Sin embargo, la aspiración de un hombre de letras no se ciñe al uso de las metáforas o de tales o cuales recursos literarios, sino en precisar qué tipo de interpretación semántica implementa y sugiere. Según la concepción constructivista, la narración no se limita a la proyección de las cosas a las cuales se refiere sino que, al igual que en una metáfora, despierta en la mente del receptor la expresión de las cosas a las cuales se refiere el conjunto de las expresiones que intencionalmente se relacionan con una narración en concreto. El conjunto de las representaciones se relaciona generalmente con la narración concreta. Además, sigue repercutiendo la tesis de que toda descripción se podría reducir al mero estudio sobre el lenguaje. No obstante, es importante señalar en este momento la permanente pre-

sencia de la capa axiológica en el lenguaje. Lo demostraron ya muchos estudios⁵.

Sin embargo, queremos señalar unos aspectos relacionados con la experiencia o el hecho real. Cada experiencia tiene su referente en el tiempo y en el espacio, y se puede decir que caben en el horizonte espacio-temporal particular. Cuando destaco, se destaca una experiencia: este hecho se vuelve un acontecimiento, excepcional y digno de memorizar. El fundamento de diferenciar algo como un acontecimiento está condicionado por el marco referencial de los valores. Al destacar un hecho lo trato como un objeto que tiene un valor particular y lo reconozco⁶. Desde luego, al reconocer la presencia de otros objetos reconozco sus valores dentro del contexto.

En este sentido, resulta que la experiencia, interpretada como el encuentro con el otro, siempre se desarrolla en un espacio y un tiempo concretos, pero –y esto es importante para recalcar– siempre dentro de una concepción axiológica.

Es interesante llamar la atención sobre la importancia de los códigos culturales y sociales que contiene la matriz cultural. De algún modo, esta última constituye una interpretación o un punto de vista ideológico. Se compone de varios aspectos: tiene el carácter de objeto, tiene la dimensión espacio-temporal, su horizonte axiológico proyecta una concepción de valores, opera por medio de las expresiones deícticas, funciona de acuerdo con una ideología.

No existe un conocimiento sin supuestos. Todo tipo de conocimiento, todo proceso cognitivo se lleva a cabo dentro de una ideología concreta, una visión del hombre y del mundo.

5 Entre otros, señalemos: Tomasz P., Krzeszowski, "The Axiological Aspect of Idealized Cognitive Models", en B. Lewandowska-Tomaszczyk, J. Tomaszczyk (ed.), *Meaning and Lexicography*, Amsterdam, John Benjamins, 1990; y también "The Axiological Parameter in Preconceptual Image Schemata", en R. Geiger, B. Rudzka-Ostyn (ed.), *Conceptualization and Mental Processing in Language*, Berlin-New York, Mouton de Gruyter, 1991.

6 Michal Glowinski, *Gry powiesciowe. Szkice z teorii i historii form narracyjnych*, Warszawa, 1973.

Al conceptualizar las experiencias en los hechos se lleva a cabo el proceso de objetivización del mundo. En consecuencia, se puede decir que al elaborar un testimonio lo presentamos ante el otro, en este sentido el yo forma parte del otro y el otro forma parte de mi historia. La experiencia individual confronta la experiencia del otro hombre y en la transmisión social promueve todo un proceso subjetivo, el intersubjetivo, y puede hasta lograr el objetivo. El mundo experimentado individualmente se encuentra con el mundo objetivo de la historia en que están presentes las incuestionables relaciones de oposición entre el sujeto y el objeto, así como entre lo directo y lo indirecto. Lo recto del testimonio individual queda reemplazado o, mejor, mediado a través de la misiva histórica.

En este aspecto nos referimos a la posición de E. Benveniste quien diferencia claramente el *récit historique* del *discours*. Por ende, podemos fácilmente reconocer que el testimonio transmitido se plasma en el lenguaje como fruto de la experiencia directa, y que la literatura maneja su expresión en un metalenguaje, de acuerdo con sus funciones y con sus fuentes que aprovecha en sus planteamientos.

Por otra parte, Jan Pomorski sostiene que la historiografía –la historia de la literatura no se diferencia en estos aspectos– también es un metalenguaje, “es metaexperiencia, es interpretación, es la manera de filtrar a través de su propia matriz cultural una experiencia del mundo de alguien, comentada en un metalenguaje”⁷. Es bien conocida la influencia de la creación literaria de Germán Arciniegas o de Tomás Carrasquilla sobre la conciencia histórica de varias generaciones de los colombianos y su memoria colectiva.

¿Cómo no aludir en este momento a la nueva novela histórica? La historiografía, como lo demostró Hayden White, es uno de los modos viables de pensar sobre el pasado, un artefacto literario sui generis, que se compone de

numerosos procedimientos dentro de la estrategia lingüística de construir los mundos históricos posibles junto con diferentes estrategias discursivas. Por otra parte, Michael de Certeau expuso que “también el pasado es la ficción del presente. Así ocurre en cada verdadero trabajo historiográfico”⁸.

La correlación de la ideología y de los modelos de la conciencia histórica social permite constar cierta imposición de las ideas y de la “mente esclavizada”, como lo señaló hace decenios Czeslaw Milosz, Premio Nobel de literatura de 1980. En este aspecto parece útil recurrir a la categoría del punto de vista que en los actuales estudios de semiótica ocupan un puesto relevante.

El punto de vista nos permite distinguir tres componentes:

1. El componente formal que concierne la expresión del tiempo y del espacio.
2. El componente del sujeto, concerniente al contenido de la conciencia, del conocimiento, de la percepción y de la experiencia.
3. El componente axiológico referente al sistema de valores⁹.

El relativismo frecuentemente está relacionado con el punto de vista cuando se considera que cada punto de vista es igualmente valioso. Entre los representantes del relativismo a menudo se incluye a F. Nietzsche, L. Wittgenstein, T. Kuhn, P. Feyerabend, J. Derrida, M. Foucault, J. F. Lyotard, R. Rorty, P. Winch, a veces en contra de la aceptación de algunos de los mencionados.

Podríamos decir que existen varios tipos de relativismo pero generalmente se reconocen dos condiciones que niegan que un punto de vista es privilegiado y sostienen que algunos elementos como los valores morales, estéticos,

7 Jan Pomorski, “Koncepcja paradygmatu historiograficznego”, en Barbara Jakubowska (ed.), *Historia. Poznanie i przekaz*, Rzeszów, 2000, pp. 140-141.

8 Michael de Certeau, “Pismo Historii”, en *Er(r)go*, núm. 3, 2001, p. 124.

9 Muszynski, “Zbyslaw Punkt widzenia a relatywizm”, en Jerzy Bartmiski, Stanislaw Niebrzegowska- Bartminska, Ryszard Nycz (eds.), *Punkt widzenia w języku i w kulturze*, Lublin, Wydawnictwo Uniwersytetu Marii Curie-Skłodowskiej, 2004, pp. 34-35.

los significados o las convicciones son relativos desde un punto concreto de vista, por ejemplo, de la cultura, del lenguaje de la época, del sujeto, etc. En la teoría de la literatura, la polisemia de este término tiene sus cosechas abundantes.

Es importante advertir que aunque el término “punto de vista” es similar al del relativismo, los dos no son iguales y es prudente definir la relación entre ellos. Hay que destacar que ambos conceptos pertenecen a distintas categorías. El primero es el nombre de una posición filosófica, el segundo se refiere a un dispositivo del mundo físico o intencional del mundo conceptual o de valores. En este sentido, A. W. Moore considera que:

por el punto de vista voy a entender la localización en el sentido más amplio posible. Por eso también el punto de vista contiene puntos de espacio, puntos de tiempo, marcos de referencia, contextos históricos y culturales, diferentes papeles jugados en las relaciones personales, diferentes tipos de puntos de enredo, así como los órganos de los sentidos de diferentes especies¹⁰.

La comparación exige entonces establecer una base categorial común, lo cual podría constituir el acto de tomar posición. En lo referente a la categoría del relativismo se trata del acto de tomar la posición relativista. En el caso de la categoría del punto de vista se trata de asumir un punto de vista definido; comparando los alcances de ambos términos se puede fácilmente percibir que “tomar un punto de vista” es mucho más amplio que “ser relativista”. Es obvio que no toda persona que tome un punto de vista tiene que ser relativista, aunque desde luego, también un antirrelativista o un absolutista toman su punto de vista. Naturalmente, de la misma manera lo debe hacer un relativista. Los relativistas insisten en que cada punto de vista es igualmente valioso, igualmente verdadero, igualmente valioso éticamente, e igualmente valioso desde la percepción.

La habilidad empírica relacionada con el uso de la categoría del punto de vista en la vida

del hombre está relacionada con el dominio de las aptitudes lingüísticas y se manifiesta en los actos de comunicación. Esta habilidad está unida a la capacidad de la localización espacial del punto de vista tomado por la otra persona, y en consecuencia en el manejo de las relaciones interpersonales a través de los pronombres: yo, tú, él, nosotros, ellos. Me permito señalar la ausencia del pronombre vosotros en el manejo del español americano, que implica una concepción particular de la realidad social. Podríamos, en este sentido, deducir múltiples consecuencias.

En la problemática de la relación entre el punto de vista y el relativismo podríamos distinguir varios aspectos: el sentido empírico de la categoría del punto de vista, el esquema conceptual que podría ser considerado como común o inconmensurable, el punto de vista desde ninguna parte y la posibilidad constructivista del sujeto del punto de vista.

D. Davidson argumenta que no existen esquemas inconmensurables si son esquemas conceptuales, así como no existe la lengua no interpretable, si es una lengua¹¹. La posición de Davidson es muy distinta de la de los dos grandes representantes del relativismo en la filosofía de la ciencia como son T. S. Kuhn o P. K. Feyerabend. Según ellos la inconmensurabilidad de los sistemas conceptuales se debe a la valoración inmanente en el sistema conceptual concreto y no existe la posibilidad de salir fuera del sistema conceptual dado y de comparar los contenidos de dos puntos de vista ubicados en sistemas distintos.

Pueden existir varios tipos de inconmensurabilidad: la inconmensurabilidad lingüística (los términos quedan inconmensurables en el lenguaje de las teorías que compiten); la inconmensurabilidad epistemológica (las aseveraciones reconocidas como verdaderas no tienen que serlo en las otras teorías); la inconmensurabilidad ontológica (teorías que parecen vivir en mundos ontológicos distintos); la inconmensu-

10 A. W. Moore, *Points of View*, Oxford, Clarendon Press, 1997, p. 6.

11 D. Davidson, *On Very Idea of Conceptual Écheme*, Proceedings and Adresses of the American Philosophical Association, 1974, vol. 47.

rabilidad perceptual que es efecto de la teorización de las observaciones. Es de destacar que la categoría de inconmensurabilidad divulgada por Kuhn en la historia de la ciencia fue tomada de la geometría, pero se extendió en los estudios de distintas culturas, de los significados de las palabras de los lenguajes naturales, de los valores de los sistemas morales y estéticos, etc. Desde hace varios decenios es un referente obligatorio en las discusiones sobre el relativismo.

Todas las concepciones que reconocen la inconmensurabilidad de la ontología del conocimiento, de los valores, de la teoría, de la percepción, del lenguaje, son teorías plenamente relativistas. En el constructivismo, reduciéndolo al mínimo, se puede decir que el mundo es como lo definen los conceptos o el sistema conceptual y que no existe otro mundo. En una posición extrema se podría aseverar que la existencia no puede sobrepasar lo que no podemos pensar, y pensar significa crear un sistema conceptual.

La revalorización del sistema de los conceptos y de las ideas es característica no solo para los partidarios del constructivismo, sino para toda la tendencia antirrealista en la cual este último también se ubica. Según los constructivistas, por ejemplo, N. Goodman, no existen las categorías o los géneros naturales independientes del sistema y éste se construye a través de la práctica social, cultural y lingüística. Según esta visión el mundo es creado así como se crean las categorías, también la categoría del sujeto. Si el sujeto es la creación de un punto de vista, que podría ser considerado como el resultado de un sistema conceptual, tendríamos que reconocer que nadie nace hombre o mujer, hecho difícil de aceptar, aunque en la época actual es frecuentemente divulgado.

Cuando se habla del relativismo a menudo sale a flote la categoría de la objetividad. El tema de la objetividad se podría formular como la opción de asumir un punto de vista neutral y estrechamente vinculado con el conocimiento de la verdad. En este sentido, se podría asumir la burlona acusación de los constructivistas de

una mirada desde ninguna parte. La complejidad de la creación de la perspectiva de alguien que vive en el mundo concreto y que aspira a salir fuera de su propio punto de vista con miras a ampliar su conciencia y su horizonte, parece ser un elemento de álgida discusión. Por otra parte, también tenemos que reconocer que la mera objetividad no nos puede garantizar la visión completa del mundo ni mucho menos facilitar una actitud más adecuada frente a la realidad.

Por ende, sigue vigente el problema de cómo unir la mirada subjetiva y la objetiva para lograr una mayor comprensión del mundo en el que vivimos. Por un lado, al pretender la objetividad perdemos la perspectiva subjetiva y su capacidad de la experiencia individual. Sin embargo, sabemos muy bien que la realidad no es igual en las experiencias individuales ni en primera, ni en segunda, ni en tercera persona; tampoco puede ser reconocida como su consenso.

Se podría aseverar que la objetividad no puede ser ni tampoco es el criterio de la realidad pero que el subjetivismo es únicamente un modo de percibir y de entender la realidad.

No conviene que el punto de vista esté identificado como una ideología, y que la percepción de un espectador se considere como una conciencia estructurada de un observador o de un comentarista. Aunque la percepción puede ser axiológica por el mero hecho de ser selectiva, toda interpretación o comentario lo son mucho más porque se refieren a un marco de valores fuertemente constituido e implican unas posiciones más decisivas en su ejercicio.

Cada texto es de algún modo una consignación de la manera de ver la realidad, y si antes esta cualidad se otorgaba con mayor énfasis a los textos artísticos reconocidos como "literatura", hoy se suele reconocer que todo texto es literatura. Las barreras genéricas parecen difuminarse y este hecho lo comprueba perfectamente la fuerte presencia de la literatura de no ficción o del nuevo periodismo. La transgresión

de géneros es un fenómeno actualmente no sólo conocido, sino ampliamente reconocido.

Hablando del observador podemos constatar que los estudiosos de distintas tendencias se refieren al concepto de perspectiva en distintos términos. Así, por ejemplo, en los estudios de literatura se habla de la “perspectiva interpretativa”, pero para un cognitivista esta versión es interpretada como la “perspectiva de la apreciación”¹². Al respecto Elzbieta Tabakowska¹³ opina:

la perspectiva de la apreciación es un concepto más amplio del concepto del punto de vista; abarca distintos aspectos de “la vista” que se despliega ante el observador de un definido punto de observación: la orientación del espacio en que están ubicadas las cosas y las relaciones que se realizan entre ellas, la colocación de los puntos de referencia para las cosas localizadas indirectamente, la dirección de la apreciación, la relación mutua entre el sujeto y el objeto de la observación.

La relación entre el sujeto y el objeto de la observación constituye un elemento muy significativo en los estudios literarios y lingüísticos referentes a la categoría del punto de vista.

En este aspecto es conveniente diferenciar entre un espectador y un observador. El observador percibe los elementos de su campo de visión, pero el observador además, escoge conscientemente su propio punto de vista. Aunque tanto el observador como el espectador conceptualizan el papel del sujeto para otorgar una expresión lingüística concreta, su papel se maneja en distintos niveles de conceptos. Por estas razones, en los estudios de literatura se asumieron distintas soluciones metodológicas para poder evitar las confusiones entre el que mira y el que enuncia. Se pone mucho énfasis en la diferenciación entre el autor, el narrador, el sujeto hablante, el portavoz, el yo poético, etc.

Vale la pena subrayar que la categoría del punto de vista es de suma relevancia en los estudios genológicos; desde la Antigüedad este criterio fue decisivo en el modo de establecer los géneros literarios. Recordemos como ejemplo indiscutible la *Poética* de Aristóteles. Es comprensible que, dentro del contexto literario, establecer el papel del conceptualizador sea uno de los elementos fundamentales del análisis literario. También la categoría del punto de vista puede ser de utilidad para registrar los distintos denominadores comunes presentes en la literatura. Entre los procesos de objetivización y de subjetivización que puede ejercer el observador es importante indicar que cuando el observador se encuentra completamente fuera del campo de su observación desempeña el papel del sujeto, podemos hablar de plena subjetivización. Por otra parte, el observador puede hacerse el objeto de observación de sí mismo, en este caso, podemos hablar de un grado mayor o menor de la objetivización. Langacker¹⁴ indica la posibilidad de la conceptualización egocéntrica, cuando el yo asume la posición del observador y asume el punto de vista o el campo de apreciación.

Tanto la plena subjetivización como la plena objetivización pueden constituir dos polos extremos opuestos de los constructos teóricos: “el teórico de literatura quisiera ciertamente decir en este lugar que la narración del autor en la forma pura, llevada a través del narrador omnisciente que se encuentra fuera del mundo representado, es creada como ficción para las necesidades de la teoría”¹⁵. La realidad lingüística del mundo creado es siempre una realidad fenomenológica que puede desplegarse en distintos grados pero siempre marcada por un punto de vista particular. La subjetivización a nivel de las estructuras del lenguaje está delimitada por las convenciones lingüísticas, y aunque el conceptualizador siempre escoge su propio punto de vista siempre tiene que escoger entre las opciones que le brinda el lenguaje.

12 La descripción detallada de los parámetros de la perspectiva de la apreciación se puede encontrar en Ronald Langacker, *Grammar and Conceptualization*, Mouton de Gruyter, Berlin, 1999, pp. 207 y ss.

13 Elzbieta, Tabakowska, “O językowych wyznacznikach punktu widzenia”, en *Punkt widzenia w języku i w kulturze*, Kraków, p. 49.

14 Langacker, ob. cit., p. 211.

15 Tabakowska, ob. cit., p. 52.

El texto literario siempre refleja una conceptualización específica de la imagen lingüística del mundo que puede ser el actual, el representado o el virtual. Es comprensible que toda conceptualización de una u otra manera siempre es subjetiva y eso también se refleja en la forma lingüística de cada escrito. Por esta razón podemos decir que las preferencias de la percepción y de la expresión influyen sobre la expresión literaria. El punto de vista del narrador o de los personajes literarios siempre queda latente en las convenciones lingüísticas. La participación de los elementos axiológicos influye naturalmente en los operadores textuales. Señalemos por lo menos que la metáfora es una de las imágenes más logradas de un punto de vista.

Otra categoría que tiene características de paradigma es la de prototipo que mereció estudios de varios investigadores. Según Georges Kleiber¹⁶, el concepto de prototipo puede ofrecer un abanico semántico muy amplio, desde el mejor ejemplar de una categoría hasta el mejor uso de una palabra.

Para E. Rosch, el prototipo es el mejor ejemplar o la mejor muestra, el mejor representantes o el elemento central de la categoría. Se trata, entonces, del significado técnico distinto del significado común del primer ejemplar de un modelo construido en la producción en serie. El prototipo es considerado como el mejor ejemplo comúnmente relacionado con la categoría dada.

D. Dubois nos ofrece otros enfoques. Entre otras, podemos hablar de distintas verificaciones de los prototipos, y esta concepción se fundamenta en distintas tesis: 1) la categoría tiene una estructura interna prototípica; 2) el grado de representatividad del ejemplo responde al grado de su pertenencia a la categoría; 3) los límites de la categoría y de los conceptos quedan diluidos; 4) los elementos de una categoría dada no tienen rasgos comunes de todos los elementos, los une la similitud familiar; 5)

la pertenencia a la categoría dada se establece sobre la base del grado de similitud al prototipo; 6) la pertenencia a la categoría no se hace de modo analítico sino de manera global.

La teoría de prototipo constituye un argumento decisivo en las concepciones cognitivas, que pueden constituir respuestas sobre varios cuestionamientos tradicionales como: ¿qué es la mente?, ¿cómo organizamos nuestra experiencia?, ¿qué es y cómo se organiza el sistema conceptual?, ¿qué sistemas conceptuales se usan y si hay sistemas comunes para todos los hombres?, etc. Lacoff¹⁷ lo llama el realismo experimental o experiencialismo. Vale la pena señalar que el realismo experimental surgió del cruce de varias disciplinas: psicología, antropología, filosofía, informática o la inteligencia artificial. Proclama que el pensamiento está corporizado y que las estructuras conceptuales provienen de nuestra experiencia corporal y, por esta razón, tienen sentido. En el primer plano coloca el carácter imaginario del pensamiento para poder otorgar al sistema conceptual un lugar preferencial a la imaginación las metáforas, símbolos, etc.; insiste en la existencia del mundo real y de su continuo conocimiento, y entre los dos conceptos la categorización constituye el problema central de las soluciones.

Recordemos las cuatro tesis principales de Lacoff: 1) la mente es abstracta y descorporeizada (disembodied); 2) el pensamiento es exacto en el sentido de que se refiere fundamentalmente a las frases que pueden ser consideradas falsas o verdaderas; 3) el pensamiento es lógico en el sentido como lo conciben los lógicos y los filósofos y puede ser concebido a través de los modelos matemáticos y, 4) la mente refleja la naturaleza a través de los símbolos abstractos que son la representación interna de la realidad externa.

La categorización y las categorías son los elementos fundamentales en la organización de nuestra experiencia; aunque muy a menudo no

16 Georges Kleiber, *Semántica Prototypu. Kategorie i znaczenie leksykalne*, Kraków, Universitas, 2003.

17 George Lacoff, *Women, Fire and Dangerous Things. What Categories Reveal about the Mind*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987.

quedan totalmente concientizados, gracias a ellas podemos jerarquizar nuestra percepción de la realidad externa y manejar adecuadamente nuestras actitudes y el comportamiento tanto social como intelectual y físico (E. Smith i D. Medin, 1981, s. 1). Ellas también permiten sistematizar nuestras estructuras conceptuales (E. Cauzinille-Marmèche, D. Dubois i J. Mathieu, 1988).

El proceso de categorización no trata de descubrir las reglas de clasificación sino establecer distintas variantes, plenas similitudes, referencias o creación de prototipos (E. Cauzinille-Marmèche, D. Dubois i J. Mathieu, 1988). Así entonces, esta tendencia objetivista sugiere que la categorización se establece sobre las características comunes; los elementos de la misma categoría tienen rasgos idénticos. Para insistir en esta idea aclaremos que la importancia del realismo experimental consiste en la valoración del prototipo y de su teoría.

Es llamativo que en trabajos de los antropólogos y de los psicólogos sobre la equivalencia entre el concepto de categoría y el concepto de palabra se sugiere de forma explícita establecer la relevancia también en el plano lingüístico. Aprender a categorizar significa encontrar las reglas de la clasificación a través del estudio de los ejemplos y de los antiejemplos de manera analítica y lógica. Las denotaciones referenciales postulan que el significado de la palabra es el conjunto de los rasgos referenciales, es decir, este elemento de la realidad que aspira ser definido por la palabra dada.

Comparemos el modelo de las condiciones necesarias y suficientes con la semántica del prototipo: 1) el problema de pertenencia a una categoría está solucionado, para decidir acerca de la pertenencia de un objeto a una categoría basta verificar si este objeto posee las condiciones necesarias y suficientes de esta categoría o no; 2) el significado, es decir, el contenido (la intensidad), el foco de las condiciones necesarias y suficientes determina el alcance (la extensión) o, en otras palabras, la referencia. De esta manera, para poder usar una palabra hay que conocer

su significado (es decir, las condiciones necesarias y suficientes); 3) la relación intensidad-extensión en el modelo de condiciones necesarias y suficientes abarca un doble paralelismo. De una parte, una intensidad claramente definida responde en el plano de extensión a la categoría de los límites delimitados. De otra parte, a la intensidad compuesta de rasgos independientes y equivalentes responde la extensión compuesta de elementos que tienen dentro de la categoría un estatus equivalente; 4) el modelo de condiciones necesarias y suficientes encuentra las dificultades que derivan de la polivalencia, es decir, de las palabras que remiten a distintos tipos posibles de designados, y que representan el problema en la manera de establecerlo.

Al respecto, F. Codier¹⁸ contribuye con unas apreciaciones particularmente llamativas: “el reconocimiento de la pertenencia de un elemento a una categoría dada se vuelve en ese contexto menos interesante que el reconocimiento del grado de la representatividad de este mismo elemento a la categoría dada”. Esta consideración insiste en el acercamiento del grado de la representatividad y del grado de la pertenencia.

Es importante destacar el hecho de que las categorías no tienen las delimitaciones muy claras; con cierta frecuencia hasta se puede hablar que ocurre el traslado de una categoría a otra. En consecuencia, para comprender la falta de nitidez de las categorías y de los conceptos que señalaron G. Lakoff, 1972; P. Kay y C. K. McDaniel, 1978; L. Coleman y P. Kay, 1981, tendríamos que disponer de otros espacios.

No queremos eludir la discusión relacionada con la existencia objetiva o subjetiva de los valores, puesto que ella tiene sus implicaciones en la creación literaria y en los estudios literarios. En la posición subjetiva se insiste en la vivencia consciente de los valores, en la valoración misma y en las reacciones emocionales frente a lo acontecido. Es el sujeto que crea el valor y que valora el objeto. A su vez, los ob-

18 F. Codier, Gradients de prototypie pour cinq catégories sémantiques, en *Psychologie Française*, vol. 25, núms. 3-4, 1980, p. 212.

jetivistas se inclinan a pensar que los valores constituyen cualidades del objeto, lo cual podría sugerir que no existen los valores negativos. Sin embargo, concibiendo el valor como la cualidad real, los valores negativos deberían ser interpretados como la carencia de valor. Es comprensible por qué esta polémica ontológica trae profundas implicaciones en los estudios literarios.

La posición interpretativa ontológica repercute igualmente en las metodologías para conocer los valores, porque su diferente tipo corresponde al distinto modo de hacerlo¹⁹. En este campo son viables dos grandes posturas: I. el cognitivismo, en otras palabras, el racionalismo axiológico, o II. el emotivismo, es decir, el irracionalismo axiológico.

- I. La primera postura podría subdividirse en tres versiones: 1) el empirismo extremo, al admitir que se puede conocer el valor de la misma manera que un fenómeno físico; 2) el empirismo axiológico cuando pretendemos reconocer los valores de manera sensual-intelectual, uniendo la percepción de cualidades concretas con su conceptualización intelectual como objeto o el fin de nuestros actos intencionales; en este sentido, el conocimiento axiológico tiene el carácter práctico, relacionado de un lado con la persona que lo efectúa y, por el otro, con el anhelo, el amor, etc.; 3) el intuicionismo axiológico, cuando los valores existentes fuera del ser o lo complementan son concebidos intelectualmente junto con sus jerarquía.
- II. A su vez, el emotivismo proclama que la razón no puede conocer los valores, y que sólo la relación emotiva o la volitiva constituye el valor.

Para esclarecer la definición fundamental del valor como la cualidad de relación, hay que distinguir entre los valores trascendentales y los categoriales. Los primeros se basan en las

relaciones con los actos de la Creación y se puede hablar de la identidad del ser con el valor trascendental. En consecuencia, todo ser es verdadero, bueno y bello, proporcionalmente a la actualización de su esencia. El valor categorial es la cualidad de relación del ser según la categoría, la cualidad que le corresponde cuando realiza su propia forma o su naturaleza. El criterio cognitivo del valor se refiere a los actos de conocimiento, emotivos o intencionales. Algo es valioso no porque es conocido, querido o deseado, sino porque, como valioso, debería ser conocido, querido y deseado. Es, entonces, mucho más que un rasgo dispositivo, es decir, como una cualidad que inspira los actos, porque los hace realizar por necesidad. En el valor se manifiesta el deber de ser.

Es obvio que estas distintas opciones epistemológicas inciden decididamente en las posibles interpretaciones críticas de la literatura.

No hay ninguna exageración al afirmar que fue el fenomenólogo polaco Roman Ingarden quien contribuyó de forma más sustanciosa a desarrollar la filosofía y la teoría axiológica literaria. En su complejo acercamiento a la obra literaria postuló varias opciones sistémicas que incluían las propuestas como: tipos de juicios, desde el punto de vista del predicado; los juicios de los valores en cuanto a la valoración; sistemas de valoración de la literatura; actitudes creativas y los modelos de interpretaciones²⁰. Desde luego, todos estos juicios y sistemas de valoración, así como las actitudes y los modelos de interpretación, pueden ser considerados como elementos paradigmáticos.

Para la comprensión de esta compleja problemática nos vemos obligados a plantear unas interrogantes relacionadas con la perspectiva posmoderna. ¿Es viable continuar con las incertidumbres identitarias del hombre contemporáneo y las ambivalencias morales en las interacciones humanas? ¿Cómo compaginar la acción individual y la acción colectiva? ¿Qué campo

19 Stanislaw Kaminski, *Jak uporządkować rozmaite koncepcje wartości?*, en Stefan Sawicki, *Władysław Panas, O wartościowaniu w badaniach literackich*, Lublin, KUL, 1986.

20 La propuesta de Roman Ingarden fue presentada por mí de forma más detallada en el artículo "La literatura: ¿culto o cultivo de los valores?", en *Litterae*, núm. 6, 1996.

debemos dejar a la razón y a los sentimientos? El sociólogo Zygmunt Bauman sostiene que:

no somos morales gracias a la sociedad (sólo somos éticos o cumplidores de la ley gracias a ella); vivimos en sociedad, somos la sociedad gracias a ser morales. En el corazón de la sociabilidad se encuentra la soledad de la persona moral. Antes de que la sociedad, quienes hacen las leyes y sus filósofos definan sus principios éticos, ya ha habido individuos morales que no han tenido restricciones (¿o el lujo?) de contar con una bondad codificada²¹.

No sin razón se acuña cada vez más la definición de nuestra cultura como la de la muerte, parece que la que se consideraba antes como la inviolable dignidad inherente a la vida humana ha sido reemplazada por el ambiguo rasgo de calidad de la vida y por la utilidad eficientista de la persona. Surge, igualmente, un notorio y alarmante "sentimentalismo" que pretende poner de un lado la decisión acerca de la vida o de la muerte de la persona y en otro lado de la balanza los sentimientos que despierta la persona. Parece que la vida perdió su estatus incuestionable y de prioridad absoluta y esta circunstancia ya se proyecta no sólo en el comportamiento humano sino también en las leyes. Los ejemplos pueden multiplicarse. Por ejemplo, todo el debate que gira alrededor de la eutanasia con el fin de eliminar cualquier dolor conlleva actitudes gravosas y siempre inadecuadas a la situación del enfermo. En esos casos no conviene hablar de los tratamientos terapéuticos sino de un ensañamiento terapéutico que configura un marco de homicidio deliberado, suicidio y denigración de la persona. La persona ya no es concebida como un ser único, precioso e irrepetible, sino como un elemento transitorio de la naturaleza.

Un fragmento tomado de una reciente novela colombiana ciertamente contribuirá a la profundización de esta reflexión:

sus ojos suplicantes se cruzaron con los míos por última vez. ¿Qué me quería decir? ¿Qué me ayudara a vivir? ¿O que lo ayudara a morir? A vivir, por supuesto, él nunca quiso morirse. ...

Si supieras lo que te quiero. No te lo había dicho antes porque no hubo ocasión. Y porque además para qué, para qué decir lo obvio. ... Entonces hundí la aguja en el tubo plástico, presioné el émbolo, y con la última gotica de suero que caía empezó a entrar el Eutanal. ... Fue fulminante. ... papi había dejado el horror de la vida y había entrado en el horror de la muerte. ... En ese instante comprendí para qué, sin él saberlo, me había impuesto la vida, para qué había nacido y vivido yo: para ayudarlo a morir. Mi vida entera se agotaba en eso²².

Es la única cita literaria en estas consideraciones teóricas pero, vista su expresividad, la consideramos necesaria, aunque la dejaremos sin ningún comentario.

En los estudios acerca de la cultura podemos encontrar centenares de definiciones pero quisiera compartir otra visión. Pienso que es conveniente reconocer que la cultura es un sistema de las actuaciones del hombre, de sus procesos, de sus resultados y de sus múltiples resultados, pero siempre de acuerdo con la verdad o, si se prefiere, de acuerdo con el bien, que es otra manifestación de lo mismo. El hombre es el único ser que construye la cultura y, por ende, la cultura es el mundo por excelencia humano. La cultura siempre tiene que ser la afirmación del hombre y de su vida. No podemos reconocer como cultura o como actos culturales los secuestros, los campos de concentración o los hornos crematorios.

En esta axiología de la cultura tenemos que reconocer la existencia de los antivalores y de la anticultura, de los cuales, también es capaz el hombre. La llamada cultura de la muerte es precisamente una manifestación antihumana, anticultural porque promueve los antivalores. Por analogía podemos hablar igualmente de la antiliteratura, del antihéroe y de los antivalores que frecuentemente promueve. Resulta más que inquietante el surgimiento de estas formas de paradigmas.

21 Zygmunt Bauman, *Ética postmoderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

22 Fernando Vallejo, *El desbarrancadero*, Bogotá, Alfaguara, 2001, pp. 121, 122.

No cabe duda de que en la creación literaria y en el análisis de un texto artístico el tema de la verdad ocupa un lugar muy significativo. Por un lado, sigue repercutiendo la clásica concepción de la verdad en la ciencia, pero por otro, el relativismo impone la vigencia de los múltiples puntos de vista. Consideramos que es viable buscar una posición distinta que aproveche los últimos logros de los estudios antropológico-culturales. Los paradigmas culturales sirven en la conceptualización de la imagen del mundo, y todos podemos reconocer que la ontología histórica del conocimiento está arraigada en el lenguaje.

Para terminar, no me queda sino insistir en la idea de que la búsqueda de la verdad en el bien de nuestros actos permite descubrir y construir la belleza de la vida del hombre. En este sentido, la literatura y los estudios literarios están llamados a profundizar y desarrollar sus significados. A la literatura como un signo también le corresponde participar activamente en los procesos culturales y generar paradigmas no sólo estéticos sino que puedan afirmar el valor de nuestra existencia. ■

Bibliografía

Bartmiski, Jerzy, Stanisława Niebrzegowska- Bartmiska, Ryszard Nycz (eds.), *Punkt widzenia w języku i w kulturze*, Lublin, Wydawnictwo Uniwersytetu Marii Curie-Skłodowskiej, 2004.

Bauman, Zygmunt, *Ética postmoderna*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

Certeau, Michael de, "Pismo Historii", en *Er(r)go*, núm. 3, 2001.

Codier, F., "Gradients de prototype pour cinq catégories sémantiques", en *Psychologie Française*, vol. 25, núms. 3-4, 1980, pp. 211-219.

Davidson, D., *On Very Idea of Conceptual Échème*, Proceedings and Adresses of the American Philosophical Association, 1974, vol. 47.

Krapiec, O. P., A. Mieczysław, "Teatr jako sposób życia człowieka", en *Człowiek w kulturze*, núm. 12.

Lewandowska-Tomaszczyk, B. y J. Tomaszczyk (eds.), *Meaning and Lexicography*, Amsterdam, John Benjamins, 1990.

Geiger, R. y B. Rudzka-Ostyn (eds.), *Conceptualization and Mental Processing in Language*, Berlin-New York, Mouton de Gruyter, 1991.

Głowinski, Michał, *Gry powiesciowe. Szkice z teorii i historii form narracyjnych*, Warszawa, 1973.

Jakubowska, Barbara (ed.), *Historia*, Poznanie i przekaz, Rzeszów, 2000.

Kleiber, Georges, *Semántica Prototypu. Kategorie i znaczenie leksykalne*, Kraków, Universitas, 2003.

Lacoff, George, *Women, Fire and Dangerous Things. What Categories Reveal about the Mind*, Chicago, The University of Chicago Press, 1987.

Langacker, R. *Grammar and Conceptualization*, Mouton de Gruyter, Berlin, 1999.

Moore, A. W., *Points of View*, Oxford, Clarendon Press, 1997.

Panas, Władysław, *W kregu metody semiotycznej*, Lublin, KUL, 1991.

Piotrowski, Bogdan, "La literatura: ¿culto o cultivo de los valores?", en *Litterae*, núm. 6, 1996.

Sawicki, Stefan y Władysław Panas, *O wartosciowaniu w badaniach literackich*, Lublin, KUL, 1986.

Vallejo, Fernando, *El desbarrancadero*, Bogotá, Alfaguara, 2001.